

Gitanos

La nación fantasma de la UE

El pueblo que se ha llevado a sí mismo sobre ruedas desde hace siglos sería hoy un país medio de la UE si tuviera una tierra, un gobierno, si no fuera invisible... Varios países han abierto —de 2005 a 2015— la Década de la Integración. **Entramos en el tiempo de los gitanos**

TEXTO: RAMIRO VILLAPADIerna. ENVIADO ESPECIAL. FOTOS: CHRISTIAN DE LUTZ

Una nación fantasma recorre y lleva siglos viviendo en Europa. En Svinia (Eslovaquia) los llaman «los comeperros», y nunca han comido un perro que recuerden, y si algo sólo tiene el pueblo romaní, es memoria. En el sur de España se los llamó egipcianos —como los ingleses: «gypsies», y no eran de Egipto; en Francia, bohemios, y nada tenían de Bohemia; en los pueblos, que venían los húngaros, y no son hijos de Arpád; en Italia los llamaron zingaros, por los trashumantes «tsintzar» del Balcán; en zonas de Centroeuropa, «olach» —como «italiano» en magyar—; en otros lugares, «vlach», vieja voz para celta o extranjero en el «dimes» romano. Ahora también los han llamado «robaperas», y alguna pera y alguna gallina ya han birlado. «¿Cuánta hambre hay que tener para robar unas patatas?», pregunta en Jarovnice (Eslovaquia) el asistente social Adrian Simionescu.

Sin reconocimiento

Desde la ampliación, hay un pueblo relativamene grande —de 8 a 12 millones— no reconocido en el seno de la UE: oficialmente los gobiernos no mantienen estadísticas; son sólo ciudadanos se dice con hipocresía ministerial. Con máximos de mortandad, pobreza y analfabetismo, el último informe de la ONU habla de «islas de Tercer Mundo en Europa». Organizaciones compometidas concluyen que el trato a los gitanos es tal vez el asunto de derechos civiles más importante de la UE. Pero los gitanos no han tenido aún un Luther King, aunque alguna figura política empieza a emerger.

«No éramos vagabundos por genes, nos vimos obligados», dice el experto británico Ian Hancock, que pone el origen de la incomprensión en la fiebre antisarracena de la Edad Media; «nos tomaron por musulma-



Livia Járóka, diputada húngara: «Tenemos que romper el miedo a ser visibles»

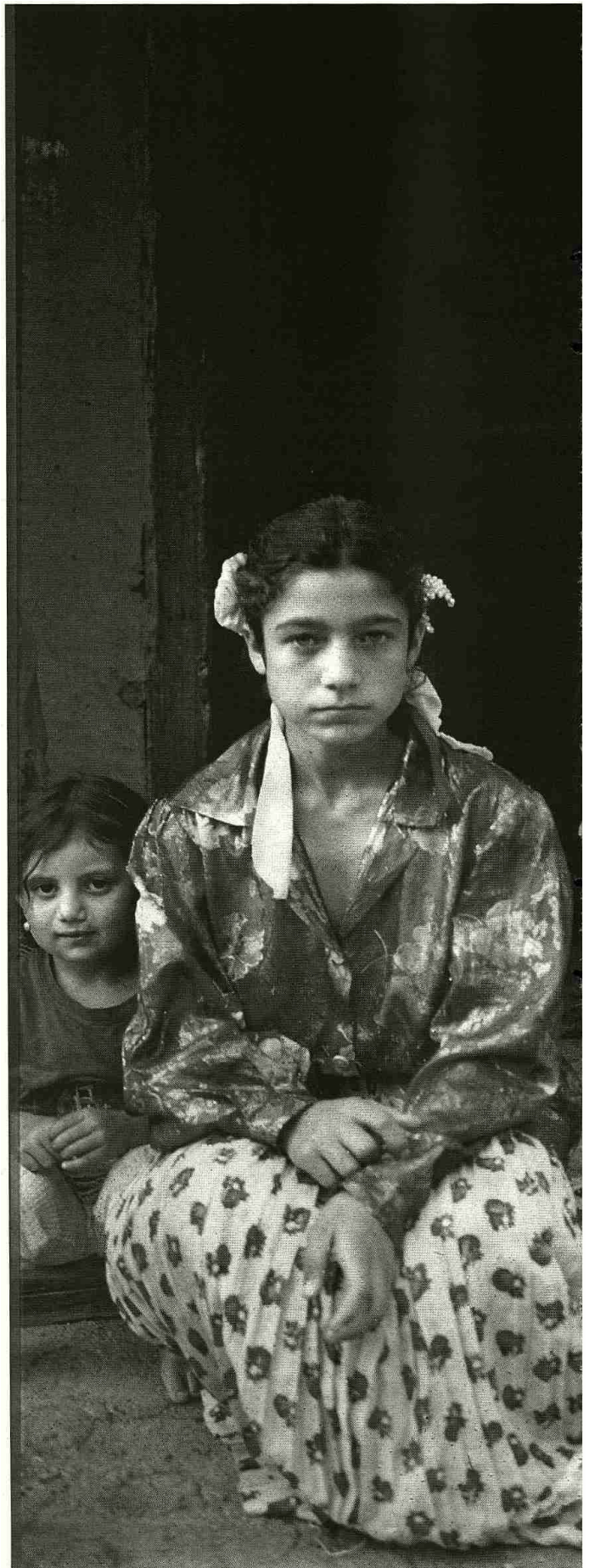


La modelo Yuliana Kancheva ha fracasado en las elecciones búlgaras

nes». Y les prohibieron entrar en la ciudad. Perseguidos por partidas, linchados en los caminos, raza recóndita, impenetrable, ellos mismos empiezan a reconocerse también parte del problema, como admite la joven diputada húngara Livia Járóka: «Tenemos que romper el miedo a ser visibles», aunque admite que «a veces la descomposición familiar occidental tampoco es envidiable». Járóka está en el grupo demócrata europeo y es la segunda representante gitana en Estrasburgo, tras el histórico Juan de Dios Ramírez Heredia, que impulsó el I Congreso Gitano de la UE. Camino de una cumbre internacional sobre el pueblo romaní, que ha lanzado la Década de la Integración, el millonario filántropo Georges Soros nos decía que «es la gran deuda de Europa».

Viven aquí desde hace seis a diez siglos y apenas nadie sabe de ellos: que muchos del Este descienden de esclavos o de sobrevivir en los bosques a las cacerías, prácticas comunes en Europa hasta entrado el siglo XIX. Tampoco se sabe que fueron una fuerza militar de choque, reclutada en el Indostán por los tártaros y luego los turcos, según el experto Ian Hancock, que representa a los gitanos en la ONU. No todos emplean la lengua romaní, codificada hace 15 años, y son grupos distintos: calé, roma, sinti, tzigani, lovari, degesi (los más despreciados).

Rajko Djuric los ve como un «pueblo mundial pero una minoría nacional» en «Sin patria ni tumba». ¿Alguien ha visto alguna vez un cementerio gitano? La estudiosa Isabel Fonseca también reparó en esta tara fundacional de toda comunidad cuando escribió «Enterradme de pie», en homenaje a quienes han tenido por sola patria los caminos. Pero hoy es ya apenas una idea romántica y casi todos están asentados, aunque las familias se visiten más y por más tiempo de lo que hoy se visita la





Camino de una cumbre internacional sobre el pueblo romaní, que ha lanzado la Década de la Integración, el millonario filántropo Georges Soros dice: «Es la gran deuda de Europa»

El pueblo gitano no era vagabundo por genes, sino que se vio obligado a serlo



Donde han entrado en la sociedad ha sido por la música, sobre todo la música rusa, húngara y española

sociedad occidental. Pero donde están asentados es en las márgenes más literales de la sociedad: «Muchos enclaves en Europa Central son peor que Soweto. Y aún hay quien se extraña de que algunos soliciten asilo», aduce Djuric, hasta hace poco presidente de la Unión Internacional Romani.

Ignorancia y prejuicios

«Antes de acabar con los gitanos, los gobiernos acabaron con la verdad» sobre los gitanos, escribe Dragoljub Ackovic en «Escucha, pueblo». Ignorancia y prejuicio oculta a los «roma» (la gente) a los ojos de los «gadje» («civil» en hindi, frente a militar), en lo que tiene parte un propio ensimismamiento a veces casi xenófobo hacia los «gadje» o payos, que son el mal o «merri-mah». Un mecanismo de autodefensa para el pueblo europeo más perseguido, con los judíos, y segundo objeto de exterminio del III Reich. Aunque éste sólo retomó una tradición de expulsión y aniquilación originada con la formación de los estados modernos, dice William Duna, que dirige la Society for the Preservation of Gypsy Music.

El gitano fue «el genocidio oculto», según el activista checo Cenek Ruzicka, que batalla por un monumento en el campo de concentración de Lety (sur de Bohemia). Lamenta que a la prensa le mueva más la devolución de un cuadro de Klimt robado por los nazis que la tragedia de un pueblo que perdió a más de medio millón en el holocausto («porrajmos», el devorador). Miles ni llegaban a los campos, tiroteados por las policías locales en los caminos; sin registro alguno, se desvanecieron. En su discurso del Nobel, Elie Wiesel los llamó «los olvidados del mundo». Ni siquiera fueron mencionados en Nuremberg, nadie les pidió perdón. Ni ellos han pensado exigirlo, hasta ahora: «A unos les enseñaron a no olvidar, a nosotros a no recordar», explica el experto y representante europeo Nicolae Gheorg-

he. Sólo ahora debaten en Alemania el levantamiento de un memorial de la tragedia.

La primera ley antigitana se dictó en 1471, en Suiza, y recorrió las cortes, de España a Suecia. En vísperas de su Revolución, Francia pagaba 24 francos por cabeza gitana, viva o muerta, según Donald Kenrick. En Holanda y Dinamarca su caza se tuvo por deporte hasta el siglo XVIII. A los gremios artesanos y comerciantes les espantaba la competencia y el clero sospechaba de la quiromancia y de sus conversiones. En España, a parte su expulsión de las ciudades dictada por Isabel y Fernando en 1492, aclaga fue la redada de 1749 provocada por la reorganización territorial.

Paro masivo

Alejados de todo, sometidos hasta los años 70 a programas de esterilización en Eslovaquia, forzados en los Países Bajos a escuelas para retrasados sin salida, la falta de escolarización ha relegado a los gitanos al paro masivo —quintuplican el paro medio y la población penal—, pero sobre todo «a no entender la sociedad en que viven», lamenta la diputada Járóka. Pero las exigencias de Bruselas para el ingreso en la UE pueden haberse convertido en su mejor aliado. Así cayó el muro, levantado por los vecinos para separarse de ellos en Ustí nad Labem; en Macedonia tienen un teatro único, radios y dos canales de TV; en Hungría empieza a haber decenas de becaados universitarios y están entrando en la Policía checa. Ahora se inicia la Década de los Gitanos, con el acento en la educación; pero la primera opción política propia e importante, el partido Euroroma, acaba de fracasar en las elecciones búlgaras pese al tirón de su vicepresidenta, la modelo Yuliana Kancheva.

La incorporación del Este ha multiplicado por dos la población gitana de la UE. Pero no ha variado su mínima representatividad política, pues acusan su división en clanes, lealtades, profesiones,

el idioma y el tiempo que hace de su asentamiento: sólo en Rumanía hay 40 grupos y los sinti alemanes no se tratan con los roma del Este. Muchos perdieron la lengua y hablan húngaro, rumano, lenguas eslavas; en el Balcán los hay cristianos y musulmanes; algunos se hicieron incluso comunistas después de 1945, cuando el masivo intento de sedentarizarlos, lo que revela por su parte un importante esfuerzo de aclimatación.

Kancheva, a su manera y con portada de «Playboy», y Járóka a la suya —con una hija de un año y un doctorado en Londres—, son modelos para una futura generación. «Pero sólo tendremos políticos gitanos cuando haya también taxistas, peluqueros y contables gitanos», advierte György Ligeti, de la Fundación Kurt Lewin. El instituto Gandhi de Pec (Hungría) tiene éxito con el «experimento segregacionista» de una escuela superior sólo para gitanos, dice János Bogdan: sin perturbaciones socioculturales los alumnos avanzan más deprisa.

Donde han entrado en la sociedad ha sido por la música, sobre todo la música rusa, húngara y española, quizá la más endeudada por ser el flamenco su gran escaparate internacional. El experto Bernard Leblon cree que entre tanta persecución la música gitana encontró en Andalucía lo más cercano a un hogar.

El ex presidente eslovaco Schuster cree que el conservatorio sería una vía gitana a la enseñanza superior, y en la sociedad mediática pocas esferas son más visibles que la de la música: en las últimas semanas nombres gitanos son ídolos entre sociedades tan adversas como la checa, la eslovaca y la húngara, tras ganar sus respectivos «Operación Triunfo». «La gente ha visto que no son comeperros», dice en Svinia Alex Musinka, coordinador de una ONG canadiense: «El 90 por ciento del problema gitano está en la cabeza del pavo».